



EN ELOGIO A DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Frank Moya Pons

Ligera carga han puesto sobre mis hombros los organizadores de este acto al pedirme que participe en este homenaje que el Museo Nacional de Historia y Geografía ha preparado para rendir tributo a los dos padres vivientes de la historia dominicana contemporánea, don Vetilio Alfau Durán y don Emilio Rodríguez Demorizi. El peso se me hace más liviano por el placer de darme cuenta de que no tengo que incurrir en el encomio exagerado ni en la alabanza gratuita, pues, por el contrario, el mayor monumento que puede levantarse a la obra de don Emilio Rodríguez Demorizi lo constituyen ya sus propias obras, que pasan de los cien títulos, y que forman, hoy por hoy, la gran columna que sustenta los estudios históricos dominicanos cuya finalidad, como ustedes saben, es la consolidación de la conciencia nacional.

Es, pues, un honor y una satisfacción hablar sobre la fantástica capacidad de trabajo de este hombre que constituye, junto con don Vetilio Alfau Durán, el más alto modelo de la abnegación intelectual que haya dado el país desde los días de Pedro Henríquez Ureña. Bien he llegado a aprender y bien vivo día tras día la experiencia de saber que sin los libros de don Emilio Rodríguez Demorizi no es posible escribir la historia dominicana en forma moderna y moderna y razonable.

El designar la biblioteca del Museo con su nombre es también un

reconocimiento a los mil y un servicios que don Emilio Rodríguez Demorizi ha rendido a la patria a través de su carrera de servidor público que lo llevó a ocupar cargos de altísima responsabilidad en la vida pública dominicana, como embajador nuestro en Colombia, Italia, Nicaragua y la rectoría de la Universidad de Santo Domingo, pasando por la Secretaría de Estado de Interior y por la Dirección del Archivo General de la Nación.

Bajo su Presidencia, la Academia Dominicana de la Historia ha alcanzado niveles de producción editorial que nunca antes el país había conocido, habiendo proporcionado a esta benemérita institución la posibilidad de enriquecer su colección en forma tal que ésta constituye hoy por hoy un ejemplo digno de ser imitado en el resto de la América Latina.

Sé que para otorgar este testimonio de reconocimiento a don Emilio Rodríguez Demorizi, el Museo Nacional de Historia y Geografía tuvo en cuenta sus primeros dos libros acerca de Juan Isidro Jimenes y la Poesía Popular Dominicana, publicados en 1938 y que hoy constituyen, ambos, modelos de prosa hermosa y bien pulida y de intachable investigación histórica y literaria. Estos dos libros han llegado a ser clásicos en nuestra literatura histórica y han merecido ser objeto de nuevas ediciones en años recientes en que las nuevas generaciones dominicanas han demandado su publicación para conocerlos y encontrar que, cuarenta años después, mantienen la misma frescura original con que fueron escritos.

Ahora bien, cuando él publicó estos libros ya era un joven ducho en la investigación histórica pues me consta que el 19 de marzo de 1933 publicó en el Listín Diario un interesante trabajo titulado "Méritos y Servicios del Arzobispo Valera", y que en algún ejemplar de La Opinión, de 1927, se atrevió a publicar lo que parece haber sido su primer ensayo literario consistente en un cuento que tal vez sea útil que esta noche él nos diga de qué se trataba.

Sin ánimo de fatigarlos, quiero hacer mención de algunas obras tuyas sin las cuales, repito, no puede escribirse modernamente la historia de este país: les pido recordar su célebre estudio sobre El Acta de la Separación de América, en el cual don Emilio descubrió e hizo ver a los dominicanos las íntimas relaciones que había entre el pensamiento emancipador de nuestros próceres de 1844 y el de los fundadores de la nación norteamericana de 1776. Este estudio todavía hoy proporciona numerosas sugerencias para el estudio de las ideas políticas dominicanas.



Les pido también recordar su delicioso libro "Del Romancero Dominicano", emparentado muy de cerca con su otra obra sobre el Refranero Dominicano y con sus Fábulas Dominicanas que, junto con los Cuentos de Polftica Criolla, el Cancionero de la Restauración y el Cancionero de Lilfs, proporcionan a los estudiosos de nuestra cultura luces sugerentes sobre las intimidades del espíritu dominicano. En estos libros Lengua y Folklore en Santo Domingo, Música y Baile en Santo Domingo, Pintura y Escultura en Santo Domingo, don Emilio aparece como el fundador de lo que en nuestras universidades debería llamarse la cátedra de historia de la cultura dominicana, pues en los excelentes estudios que encabezan estos libros don Emilio va abriendo por primera vez un camino que nunca antes había sido trillado por historiador alguno de este país, al enfrentarse a la difícil tarea de la búsqueda de las raíces del alma nacional.

Y como si eso fuera poco, su obra no se agota en este solo ámbito, pues don Emilio ha sido también el gran experto acerca de la presencia de Cristóbal Colón en la Española. No es, pues, casualidad que su primer libro sobre este tema se titule "Colón en la Española. Itinerario y Bibliografía", también publicado recientemente por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Sobre este tema del Descubrimiento y de los primeros años de nuestra historia, don Emilio discurre en sus obras Vicisitudes de la Lengua Española en Santo Domingo, La Isabela, Primera Ciudad del Nuevo Mundo, Colón y el Refranero, España y los Comienzos de la Pintura y la Escultura en América, así como Los Comienzos de la Vida Urbana en América, obras éstas, todas, en las que la erudición de don Emilio le colocan a la par con los grandes de la historiografía colombista y americanista.

Trabajando tan a fondo en torno al Descubrimiento, lo lógico era que don Emilio se dedicara también a los estudios coloniales, y fruto de esa dedicación han sido sus magníficas obras Relaciones Históricas de Santo Domingo, cuyos tres tomos constituyen, a mi modo de ver, junto con los trabajos documentales de aquellos grandes eruditos llamados Américo Lugo y Fray Cipriano de Utrera, el punto de partida de los modernos estudios históricos sobre la colonia dominicana. Como parte de su esfuerzo por desenterrar las principales fuentes del pasado dominicano de tiempos de la colonia, don Emilio ha publicado otras obras que son hoy algo así como la enciclopedia del saber histórico hispano-dominicano anterior a la Independencia. Me refiero a los libros Invasión Inglesa de 1655, Familias Hispano-Americanas, Cesión de Santo Domingo a Francia, Invasiones Domínico-Haitianas, La



Era de Francia en Santo Domingo, La Imprenta y los Primeros Periódicos de Santo Domingo y Santo Domingo y la Gran Colombia que recogen en varios miles de páginas, miles y miles de documentos que hoy nos han enseñado de dónde vienen los dominicanos y cómo el hombre de este país empezó a dejar de ser español para constituir una nación con una cultura y una personalidad criollas.

Como culminación de este esfuerzo de documentación colonial, aparecen en nuestra historiografía las más elaboradas de las obras de don Emilio que tienen que ver con la formación del Estado nacional dominicano y que recogen lo más importante de la documentación oficial de la Primera República, de la Anexión y de la Restauración. Su ensayo, ya mencionado, sobre El Acta de la Separación Dominicana y el Acta de Independencia de los Estados Unidos es completado por su revelador volumen sobre La Constitución de 1844 y sus cuatro volúmenes titulados Documentos para la Historia de la República Dominicana, en los que recoge las más importantes piezas históricas relacionadas con la formación política del Estado dominicano entre 1844 y 1861. Igualmente reveladoras son sus obras sobre la Guerra Domínico-Haitiana, sobre los Antecedentes de la Anexión a España, sobre Las Relaciones Domínico-Españolas (1844-1865), sobre La Marina de Guerra Dominicana, sobre Las Hojas de Servicio del Ejército Dominicano durante la Primera República, sobre los Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración y sobre Los Próceres de la Restauración. Libros todos éstos, que han sacado a la luz pública la gran epopeya de la creación y la consolidación de la República Dominicana al lograr su independencia de los haitianos y, al mismo tiempo, al recobrarla de los españoles luego de haberla perdido en la tragedia de la Anexión.

Debo decir que todos estos volúmenes, con sus estudios liminares respectivos, aguardan todavía la mano de nuestros historiadores que saquen de ellos el jugo de la verdad histórica para que al fin resplandezca el juicio justo sobre los verdaderos forjadores de la República. Esa misma mano aguardan otros libros de don Emilio Rodríguez Demorizi acerca de los Padres de la Democracia Dominicana, Ulises Francisco Espaillat y Pedro Francisco Bonó, cuyos Papeles y Escritos fueron publicados por él para sacarlos del mayor de los olvidos, precisamente cuando el país salía de la tiranía de Trujillo y el pueblo dominicano ansiaba volver a su pasado para encontrar inspiración en nuestros próceres en la reconstrucción de esta sociedad tantas veces azotada por la tiranía a



pesar de haber dado a luz a varios de los más grandes liberales de América.

La presencia del espíritu liberal dominicano y su influencia en la historia de las ideas de Santo Domingo no concluye con las obras de don Emilio sobre Espaillat y Bonó, sino que se completa con sus magníficos volúmenes sobre Hostos en Santo Domingo, Martí en Santo Domingo, Maceo en Santo Domingo y los Papeles Dominicanos de Máximo Gómez, en una muestra de que la lucha por la libertad dominicana en el siglo XIX era un momento más de la lucha por la libertad de Puerto Rico y Cuba, en unos años en que las Antillas se debatían entre el del coloniaje y la independencia, en que frente a la agonía del león imperial de Castilla se levantaba el vuelo igualmente imperial del águila norteamericana. Como caso de estudio de este proceso, don Emilio Rodríguez Demorizi también ha publicado dos gruesos volúmenes sobre el Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norteamérica, en 1869 y el Informe de la Comisión de Investigación del Senado de los Estados Unidos en Santo Domingo en 1871, en relación con este proyecto de incorporación.

No quiero terminar esta breve enumeración de las más importantes obras de don Emilio sin referirme a dos excelentes libros suyos que han sido aclamados por muchos especialistas, tanto dominicanos como extranjeros, como dos de sus mejores y más originales obras de madurez: me refiero a la *Tertulia de los Solterones*, novela galardonada hace varios años con el Premio Nacional de Literatura en la que explora los intrincados caminos psicológicos de la solteronía masculina, así como la posibilidad de que la figura literaria de don Juan Tenorio, famoso solterón empedernido, haya tenido cuna y origen en Santo Domingo cuando su creador, Tirso de Molina, residió en esta ciudad como Fraile de la Orden de la Merced. Su otra obra, totalmente diferente a ésta, pero igualmente profunda en el retrato psicológico y en la exploración del alma humana, es su fascinante estudio *Santana y los Poetas de su Tiempo*, cuyo título desorienta al lector porque hace creer que es un estudio literario aquello que constituye la mejor biografía que se haya escrito acerca del libertador Pedro Santana. A este libro todavía no le ha llegado su momento, pero estoy convencido de que el día que don Emilio le cambie el título y lo publique como lo que es, una biografía de Pedro Santana, que completa su otra obra sobre el libertador titulada *Papeles de Santana*, ese día los dominicanos podremos apreciar lo que hizo por el país aquel hombre atormentado por las terribles batallas



interiores que lo perseguían y lo convirtieron en el más incomprendido de los dictadores dominicanos.

Señoras y señores: En estos breves comentarios acerca de la obra de don Emilio Rodríguez Demorizi sólo he querido destacar lo que en otras ocasiones he repetido públicamente: sin los libros de don Emilio Rodríguez Demorizi no se puede escribir la historia de la República Dominicana. Si hoy hay una nueva historia que se escribe basada en documentos extraídos de los más diversos archivos y publicados en ediciones cuidadosamente expurgadas de errores, ello se debe en medida muy grande a la obra de este infatigable trabajador intelectual que dice a sus íntimos que "no le vende su tiempo a nadie" porque todavía no ha concluido y le quedan muchos volúmenes más por publicar.

Para don Emilio Rodríguez Demorizi pido de ustedes un caluroso aplauso.

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA Y GEOGRAFIA, Santo Domingo, D. N., 20 de abril de 1982.

